

# Dos problemas y medio

Alfredo Gómez Cerdá



Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2013, Alfredo Gómez Cerdá, por el texto  
© 2013, Francesc Rovira, por todas las ilustraciones  
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 - 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2016  
ISBN: 978-84-8343-423-9  
Depósito legal: B-16906-2016  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, S. L.  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 0034 91 702 19 70 / 0034 93 272 04 45).

**Dos problemas y medio**  
**Alfredo Gómez Cerdá**

Ilustraciones de  
**Francesc Rovira**

**bam  
bú**  
EDITORIAL

# Dos problemas y medio

**Rubén estuvo investigando** a su manera.

Descubrió que las musarañas son pequeños roedores. Por eso no entiende que Gelines, su maestra, le diga:

–Rubén, te pasas el día mirando a las musarañas.

Descubrió también que Babia es una comarca que está al norte de la provincia de León. Por eso, tampoco entiende que Gelines le repita:

–Rubén, estás en Babia.

Descubrió que las nubes son gaseosas y, por tanto, no podrían sostener a una persona, ni siquiera a un niño como él. Por eso, no entiende a Gelines cuando le dice:

–Rubén, baja de las nubes.

Después de tantos descubrimientos, Rubén se pone a hacer las tareas.



Gelines siempre dice que no les manda tareas, pero si no terminan las del día en el colegio tienen que hacerlo en la casa. Algunos niños las terminan casi siempre, pero Rubén casi nunca.

No es que Rubén sea un mal estudiante o un niño torpe, al contrario, es avisado y lo entiende todo a la primera.

Aparta el sándwich de salchichón de la merienda y abre el cuaderno de matemáticas. Tiene que hacer dos problemas y medio. Son fáciles, de sumas y restas. No tardará mucho tiempo en acabarlos.

Empieza por el medio problema y lo termina rápido. Después, hace uno entero.

–¡Chupao! –exclama.

Pero cuando se pone a hacer el tercer ejercicio le ocurre algo extraño dentro de su cabeza.

Algo... muy extraño, aunque no es la primera vez que le sucede.

Entonces, sin poder evitarlo, cierra el cuaderno y se queda mirándolo fijamente. Lo que ocurre dentro de su cabeza es tan sorprendente que hasta se le nota en el brillo de sus ojos.

Resuelto, voltea el cuaderno; pero no de arriba abajo, o de un lado al otro. Lo voltea del todo, es decir, la parte delantera, donde pone su nombre y el

de la materia, queda pegada contra la mesa; la parte trasera, donde no pone nada, queda a la vista, boca arriba. A continuación, lo abre por las últimas páginas, esas que siempre se quedan en blanco.

¡Increíble! La cabeza de Rubén está llena de piratas.

Necesita ponerse a escribir antes de que se le escapen.

Se trata de un barco lleno de piratas. Uno de ellos, muy fiero, parece el capitán.

Piensa en un nombre para el capitán pirata.

—¡Braulio! —grita, y escribe el nombre en el cuaderno; pero luego lo tacha, porque recuerda que Braulio es el nombre del frutero.

—¡Lucas! —vuelve a gritar—. ¡Se llamará Lucas!

Lucas, por tanto, es el capitán de una banda de rudos piratas que surca los mares en un viejo barco de madera, al que le crujen todas las tablas. Por cada flanco del barco asoman cinco cañones, que no funcionan; los llevan solo para asustar. En lo más alto del palo mayor ondea la bandera pirata, negra, con dos tibias cruzadas y una calavera.

Están buscando un navío al que asaltar para apoderarse del botín.

–¿Ves algo? –le grita el capitán al vigía, que se encaramó a lo más alto de una escala.

–Nada. Agua por todas partes.

–Pero, ¿te pusiste los lentes?

–Los lentes son para cerca, de lejos veo perfectamente.

–¡Utiliza el catalejo!

Rubén tiene que interrumpir bruscamente la historia cuando su mamá le avisa de que la bañera lo está esperando. Sabe que con su mamá no valen excusas, y menos si se trata del baño.

Pero dentro de la bañera, su cabeza sigue dando vueltas y más vueltas. La jabonera de plástico flota entre la espuma del jabón, como un navío en alta mar. Rubén mueve los brazos para causar oleaje.

–¡Se acerca un temporal! –grita el pirata vigía.

–¡Maldita sea! –exclama el capitán–. ¡Arrien las velas y amarren todas las cuerdas!

La mamá de Rubén entra en ese momento al baño. Se lleva las manos a la cabeza y grita aun más fuerte que los piratas:

–¡Rubén, estás tirando el agua fuera de la bañera!

# Números y piratas

**Al día siguiente**, en el colegio, uno por uno, los alumnos van pasando por la mesa de Gelines. Ella les corrige las tareas del día anterior.

–Regular –le dice a Rubén, e incluso se lo escribe en el cuaderno con lapicero rojo–. El tercer problema no lo hiciste.

Vuelve a su pupitre y se sienta.

–¡No fue culpa mía! –masculla entre dientes.

–¿Qué? –le pregunta Elena, que es su compañera de pupitre.

–Hablabas solo –disimula Rubén.

–Pues ten cuidado –le advierte Elena.

–¿Por qué? –pregunta él con curiosidad.

–Mi papá también habla solo y mi mamá le dice que está loco.



Handwritten numbers and scribbles, possibly representing data or calculations, located below the sailboat drawing. The numbers are arranged in several columns and rows, with some numbers being larger than others. The scribbles are dense and cover a significant portion of the lower half of the page.

Visible numbers include: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100.

No le queda más remedio que continuar los problemas por la tarde, en su casa, con el sándwich de la merienda al lado. El que no había acabado el día anterior, más uno y medio nuevos. En total, dos problemas y medio.

¡Otra vez dos problemas y medio!

Pero ya no lo puede evitar: en su cuaderno están ocurriendo cosas sorprendentes. Por las últimas páginas, Lucas, el capitán pirata, se colocó junto al timonel de su barco y le indica el camino que deben seguir para aprovechar mejor los vientos.

–¡Que no nos agarre la calma chicha! –le advierte.

La calma chicha es la ausencia de viento y es lo peor que le puede suceder a un barco de vela.

Rubén trata de concentrarse en los problemas de matemáticas. Por eso, vuelve con decisión a las primeras hojas del cuaderno, donde se encuentran los números en perfecta formación.

–Dos por dos, cuatro; dos por tres, seis; dos por cuatro, ocho...

Pero a su pesar, escucha un grito que llega desde las últimas hojas.

–¡A estribor! ¡Todo a estribor! –es el capitán pirata.

Rubén se tapa los oídos para concentrarse más:

–Tres por cuatro, doce; tres por ocho, veinticuatro...

Pero vuelve a escuchar un nuevo grito, esta vez del vigía.

–¡Barco a la vista!

–¿Grande o pequeño? –pregunta el capitán.

–¡Enorme!

–¡A por él!

Rubén consigue acabar los dos problemas y medio. ¡Menos mal!

–¡A bañarse! –le dice su mamá.

Y Rubén cierra el cuaderno de inmediato.

Ya dentro de la bañera, no puede dejar de pensar en el cuaderno de matemáticas, que quedó sobre su mesa. Sabe que los piratas están avanzando a toda velocidad y, como si se tratase de un botín, van tomando una hoja tras otra.

De seguir así, no tardarán en encontrarse con los números de los problemas.

Rubén frunce el ceño y produce un aguacero con la ducha.

# Encuentro inesperado

**Ocurre al atardecer**, cuando el sol está incendiando unas nubes que parecen deshilachadas.

–¡Algo a la vista! –grita el pirata vigía.

–¡Por todos los demonios! –ruge el capitán–.

¿Qué significa *algo*?

–No es un barco, ni tierra firme, ni un tronco flotando, ni un monstruo marino... –añade el vigía.

–¿Empinaste el codo? –se enfurece el capitán.

–No probé ni una gota de vino –asegura el vigía.

–¡Di al menos a qué se parece lo que ves!

–¡No he visto una cosa así en toda mi vida!

–¡No retrocederemos ante nada! –ruge el capitán–. ¡A por ello, sea lo que fuere!

Las órdenes del capitán se cumplen al momento y todos los piratas se preparan para el abordaje.

Incluso asoman los temidos cañones por los flancos del navío.

Al otro lado del cuaderno, los números de los problemas de matemáticas se quedan boquiabiertos al comprobar que un barco pirata se les viene encima. Comienzan a preocuparse seriamente.

–¡Vamos desarmados! –advierten los de una resta.

–¡Somos inofensivos! –gritan los de una suma.

–¡No tenemos con qué defendernos! –tratan de explicar los de una multiplicación.

–¡Aunque les parezca mentira, no estamos en alta mar, sino dentro de un cuaderno! –los de una división intentan remediar lo que ya parece irremediable.

Rubén, ajeno a la batalla que se avecina en su cuaderno, se dispone a cenar. Ya tiene hambre y del horno de la cocina llega un olor muy rico.

–¿Cómo llamarían al capitán de una banda de piratas? –pregunta a sus papás.

–Braulio –responde la mamá.

–Braulio es el nombre del frutero –se queja él.

–Spencer –dice el papá–. Yo le pondría un nombre extranjero.

–¿Qué les parece Lucas? –pregunta Rubén.

–Lucas Spencer, suena bien –responde el papá.

–A mí me gusta más Braulio –añade la mamá–. Además, ese frutero es un poco pirata, siempre te roba con el peso.

El papá abre el horno y saca una bandeja humeante. Rubén comienza a relamerse: ¡es su plato favorito!

Es difícil imaginar a unos piratas luchando a brazo partido contra unos problemas de matemáticas.

Es difícil, incluso muy difícil.

Es... difícilísimo.

Pero eso es lo que sucede en el cuaderno de matemáticas de Rubén durante toda la noche, mientras él duerme tranquilamente, con la tripa muy llena.

–¡Al abordaje! –grita el capitán, desenvainando su espada.

–¡Pero si no hay nada que abordar! –se quejan los piratas.

–¡Y sin rechistar! –ordena el capitán–. ¡Al que no obedezca lo encerraré en el calabozo durante dos semanas!

Los números, despavoridos, corren en desbandada.

–¡Socorro! –grita el cinco.

–¡Auxilio! –grita el siete.

–¡Que alguien se apiade de nosotros! –gritan a la vez el catorce y el veinticinco.

Poco después de la media noche, bajo una luna llena que parece reinar en medio del océano, los piratas se retiran a su barco. Nunca ganaron una batalla con tanta facilidad. No obstante, se llevan a los dos problemas y medio prisioneros. No tienen ni idea de lo que harán con ellos, pero no quieren retirarse sin un botín, pues eso sería un deshonor para cualquier pirata.